

Al filo de la identidad
La migración indígena
en América Latina



Alicia Torres y Jesús Carrasco

Al filo de la identidad

La migración indígena en América Latina



Índice

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito – Ecuador
Telf.: (593-2-) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

UNICEF TACRO
Ciudad del Saber, Edificio 131
Ciudad de Panamá
Telf: (507) 301-7400
Fax: (507) 317-0258
www.unicef.org

AECID
Avda. Reyes Católicos s/n
28001 Madrid
España
Secretaría General de la AECID
Tels: 91 583 81 49 / 81 82 / 81 39
Fax: 91 583 82 34
www.aecid.es/

ISBN:
Cuidado de la edición: María Eugenia Paz y Miño
Fotografía de portada: Gonzalo Bell
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: mayo, 2008

Presentación	7
Introducción	9
<i>Alicia Torres y Jesús Carrasco</i>	
PRIMERA PARTE: MIGRACIÓN Y COMUNIDAD	
Las comunidades mayas de Guatemala en Estados Unidos	23
<i>Manuela Camus</i>	
Estrategias, inversiones e interacciones de las mujeres migrantes kichwa otavalo	47
<i>Andrea Ruiz Balzola</i>	
SEGUNDA PARTE: MIGRACIÓN E IDENTIDAD	
Migración transnacional de los kichwa otavalo y la fiesta del Pakwar Raymi	69
<i>Angélica Ordóñez</i>	
Comunidades transnacionales indígenas: Experiencia migratoria del pueblo saraguro en Vera (España)	91
<i>Pilar Cruz Zúñiga</i>	

TERCERA PARTE: MIGRACIÓN Y DESARROLLO

Transnacionalismo andino:

Migración y desarrollo en dos pueblos peruanos 109

Karsten Paerregard

Diáspora de kichwa kañaris:

Islotes de prosperidad en el mar de pobreza 127

Miguel Caguana

Las migraciones internacionales en Muquiyauyo (Perú):

entre el progreso, el prestigio y las resistencias 147

María del Pilar Sáenz

Las comunidades mayas de Guatemala y la migración a los Estados Unidos¹

Manuela Camus*

La periferia huehueteca y las comunidades mayas

El departamento de Huehuetenango, al noroccidente de Guatemala, tiene una conformación física definida por la Sierra Madre y la Sierra de Los Cuchumatanes, con altas cumbres que suponen a la vez estrechos y fragmentados valles. Esta geografía ha facilitado el desarrollo autónomo de grupos mayas con lenguas y culturas distintas, algo que se refleja también en el alto número de municipios que lo conforman (ver mapa de grupos étnico-lingüísticos en anexo)². Según el último censo del 2002 este departamento, de apenas 7.000 km², alcanza los 850.000 habitantes, de los cuales el 65% corresponde a población campesina indígena con toda una historia de pertenencia a la stirpe maya.

Los niveles de pobreza son muy altos: las desigualdades son “evidentes y profundas” en todas las esferas, y en oportunidades diferenciadas según localidad, municipio, comunidad lingüística y género (PNUD 2007:V. Ver mapa de índice de desarrollo humano en anexo).

* Instituto Centroamericano de Desarrollo y Estudios Sociales, INCEDES

1 Este texto ha sido posible gracias a la investigación “Comunidades en Movimiento” realizada en los años 2005-2007 con el Programa Progovernabilidad en Huehuetenango –PROGOBIH– de Consejería en Proyectos, con el apoyo del Centro de Estudios y Documentación de la Frontera Occidental –CEDFOG–, y del programa Center for Research on Inequality, Human Security and Ethnicity -CRISE- de la Universidad de Oxford.

2 En Huehuetenango los municipios de mayoría maya mantienen una lógica cultural y social propia, y aún se percibe el sentido de: “los que estamos aquí” de estas comunidades, que identifica Watanabe (2006).

Junto a la condición de espacio periférico para la lógica nacional de Guatemala, es de resaltar su carácter fronterizo con México. Las implicaciones del establecimiento definitivo de las delimitaciones nacionales entre Guatemala y México en 1842, fueron determinantes para el futuro transcurrir de las poblaciones. Estas fronteras políticas han provocado que los grupos mayas se vean “fragmentados y desmembrados” y que las políticas nacionales hayan arrastrado a los mayas hacia destinos divergentes (Antochiw et al. 1994:25). La impronta fronteriza se siente además en los altos niveles de comercio, contrabando, flujos culturales intensos y trasiego de trabajadores hacia las fincas de Chiapas; ahora es además un espacio de paso de transmigrantes que llegan de cualquier lugar de Guatemala, Centroamérica e incluso Sudamérica.

Además, esta frontera sur de México con Guatemala se reposita en una centralidad estratégica que no tenía anteriormente. Por un lado, incorpora “relaciones, flujos, intereses geopolíticos de Estados Unidos y del capital transnacional” (Villafuerte 2004:271); se promueven procesos de integración económica y comercial con el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), o con la creación del proyecto regional de desarrollo Plan Puebla-Panamá (PPP), que afecta a la región mesoamericana y busca aprovechar recursos estratégicos (petróleo, electricidad, agua y biodiversidad) y la explotación de la riqueza cultural maya. La integración del área requiere de la construcción de autopistas, corredores interoceánicos, gasoductos, conexiones eléctricas y comunicaciones telefónicas. Mientras tanto, el Banco Mundial se interesa por la conservación de la biodiversidad y su “sustentabilidad” en el Corredor Biológico Mesoamericano. El territorio es parte de los nuevos ejes de acumulación: hay que reconquistar la región y Huehuetenango es una pieza dentro de ello.

Por otro lado, acompañando a esta creación de un nuevo mapa mundial de lógica transnacional, esta frontera es un espacio clave para la seguridad de Estados Unidos y de México respecto al control del tráfico de drogas y la contención de los inmigrantes centro y latinoamericanos. Esto produce una militarización algo más factible –son 963 km– que en la línea fronteriza del norte. La región noroccidental de Guatemala viene a marcar la barrera de la incorporación subordinada a la globalización.

Survivors on the move

Las cumbres de Los Cuchumatanes ofrecen una apariencia inexpugnable y hacen suponer que dificultan los contactos culturales, pero son poblaciones agrícolas que se han mantenido a lo largo de siglos manejando los productos de la tierra fría y de la tierra caliente, y son profesionales en los caminos y en el comercio. Toda esta experticia se aplica ahora a través de las fronteras transnacionales y en el camino hacia “el Norte”.

Lutz y Lovell (2001) hablan de los mayas como *survivors on the move*, o “sobrevivientes en el movimiento”, entendiendo que la migración ha sido un elemento crucial en la supervivencia de los mayas, desde la conquista y antes. Unas movilidades se daban por la búsqueda de recursos dentro de una subsistencia necesaria en un ambiente ecológico difícil, y otras forzadas por sistemas económicos mayores dentro de los cuales la región y sus pobladores quedaban como mano de obra a aprovechar. Este es el caso en que me voy a centrar y las comunidades y sus pobladores no van a ser agentes pasivos, aunque sí marcados por la limitación de las opciones.

Como contraparte a esta movilidad, la fuerza del arraigo a la tierra de los ancestros hace que “las comunidades se muevan” con sus miembros, y éstos esperan el retorno: toda acción tiene sentido frente al lugar de pertenencia. Así fue con la siembra de roza en tierra caliente, con el comercio de larga distancia, con el trabajo en las fincas cafetaleras o, actualmente, con la salida a los Estados Unidos.

Las comunidades mayas suponen un contenido que hay que explicar. Están histórica y étnicamente condicionadas a ser parte y producto de una historia larga de dominación que ha reforzado la idea y la práctica de comunidad basada en el reconocimiento mutuo, la responsabilidad compartida, la reciprocidad desde una intensa relación con la tierra. Desarrollan una concepción social holista donde los individuos se conciben ubicados jerárquicamente dentro de un colectivo (Bastos 2000:31). Esta comunidad corporativizada no se refiere a un modelo de sociedad ordenada y sin conflictos, sino que tiene un carácter contingente que incluye diversos y a veces divergentes intereses individuales, y siempre está respondiendo a las presiones e imposiciones del “mundo exterior”.

Para Eduardo Zárata la comunidad es una “poderosa idea” que ha guiado y sigue guiando el destino de grupos e individuos, a pesar del avance de las ideas de la modernidad y el individualismo (2005). Por ello habla de “la comunidad imposible” y entiende “el comunitarismo” como una ideología renovada y moderna que mantiene la búsqueda del ideal de comunidad en los nuevos contextos de relaciones sociales crecientemente jerarquizadas.

Como resultado de la historia, el campesino maya es parte de una comunidad marcada por múltiples fronteras, desposesiones sucesivas y heridas profundas. Los Cuchumatanes pasaron de ser parte del corazón del área maya, a serlo de la periferia del sistema colonial impuesto por la corona de Castilla y León, lo cual se mantuvo más tarde con el régimen republicano guatemalteco. Durante estos siglos se produjo una sujeción histórica a los espacios comunitarios que refleja la relación de poder a que se vieron sometidos, primero con las reducciones y la conformación de “los pueblos de indios” para facilitar el pago de tributos en la Colonia, después como “pueblos de mozos” minifundistas, que debían ausentarse estacionalmente para la recogida del café u otros productos en las fincas. De hecho este departamento se creó a fines del XIX, bajo las imposiciones de los cultivadores del café a quienes les interesaba la elevada mano de obra indígena “cautiva”, de ahí la reproducción de una ideología racista de inferiorización de los indígenas y de unas relaciones étnicas caracterizadas por la segregación entre ladino-mestizos e indígenas.

La transformación de esa sujeción a las comunidades inicia simbólicamente con la revolución de octubre de 1954. Entonces se produce un proceso de mercantilización y modernización; hay una diversificación de actividades y una mayor diferenciación social interna. Esto provoca que los indígenas huehuetecos busquen otros recursos y salgan a la capital, renten tierras en la costa, lleguen a colonizar la frontera agrícola hacia el Ixcán, motivados por un proyecto de utopía sociocomunitaria, lo cual implica cambios y enfrentamientos en las comunidades, por ejemplo respecto a las formas de ejercer el poder local: se da inicio a la entrada del sistema político formal de partidos y la teocracia maya se ve cuestionada con nuevos liderazgos y representaciones.

“La guerra” frena este complejo proceso y trastorna cruelmente las estructuras de personalidad, familia, medio ambiente, tierras, reabriendo –para Jean Piel (1997)– la frontera interna a las reconquistas, como las del ejército y las Patrullas de Autodefensa Civil, las de las iglesias evangélicas y católica o las de organizaciones nacionales e internacionales de desarrollo. La violencia política fue particularmente extrema en este departamento y, con la represión desatada, la movilización es forzada en otro sentido, obligando a los mayas a establecerse en el refugio, en las Comunidades de Población en Resistencia o, de forma cada vez más contundente, en Estados Unidos. El desplazamiento violento y el refugio ampliaron la territorialidad de la práctica migratoria de las poblaciones indígenas. La movilidad tomará desde entonces otro cariz y extensión, por ejemplo con la dinámica masiva y ya estructural de la migración internacional.

Con “la violencia” se producen dos tipos de procesos aparentemente contradictorios: uno de tendencia centrípeta con la reindigenización de las cabeceras municipales, que supone la sustitución de la “mediación ladina”; y otro de tendencia centrífuga con la “diáspora maya” (ver Loucky y Moors 2000; Camus 2007). Esta dispersión tiene dos implicaciones a su vez. Primera: lo que eran los “pueblos de mozos” se están constituyendo en “pueblos de migrantes internacionales” (ahora se “exporta” la mano de obra) y, para el mercado global, de “clientes consumidores” (Dardón 2006). El “mercado capitalista” está “penetrando” de forma definitiva en las comunidades del altiplano, al mismo tiempo estos pobladores van a “penetrar” nuevos espacios y a trastocar los paradigmas. Y segunda: también se vienen produciendo migraciones internas entre departamentos y municipalidades, que provocan convivencias y competencias multiétnicas entre los distintos grupos, como no se habían dado con anterioridad.

A más de las dificultades extensas y radicales que enfrentan las “comunidades” indígenas huehuetecas, de nuevo tienen que poner a prueba su carácter de continuidad cambiante. Por otro lado, todos estos sucesos simultáneos nos hablan de otras prácticas y sentidos en torno al mantenimiento de la idea de comunidad y las nuevas formas de ser indio.

El impacto de la migración internacional

Se calcula que la nación guatemalteca cuenta con poco más de una décima parte de su población en los Estados Unidos y, según la OIM (Organización Internacional para las Migraciones), se habrían recibido en el país unos 3.9 millones de dólares por remesas en el año 2007. Huehuetenango es el tercer departamento, después de Guatemala y San Marcos, de emigrantes; los tres tienen por encima de las 100.000 personas viviendo en el extranjero (a más de las no registradas). En términos de grupos étnicos, los akatekos tienen al 12% de su población en el exterior, y el 60% de las familias de chujes, q'anjob'ales y mames tienen familiares allá (PNUD 2005).

Como bien sabemos, los efectos de la movilidad transnacional no sólo son económicos; la interconexión y simultaneidad que suponen está renovando también los sentidos culturales, identitarios, sociopolíticos. A continuación se recogen algunas observaciones y reflexiones temáticas del actual proceso de cambio en las comunidades donde el fenómeno migratorio es uno de los principales motores.

¿La comunidad transnacional?

El patrón de migración sigue siendo de hombres jóvenes casados y de muy baja escolaridad, que incorpora poco a poco a más solteros y a mujeres. Pero lo interesante es que la población huehueteca, que es pionera en el conocimiento de “salir al Norte”, logra superar la vulnerabilidad de una exclusión individualizada. Si migrar es asumir riesgos, es distinto migrar con redes y como colectivo. En este sentido, Huehuetenango es un lugar donde se puede observar la fuerza de las comunidades y de las redes sociales y alianzas que generan dinámicas referenciales para sus miembros, lo cual permite una aventura transmigratoria algo menos precaria que la vivida por otros “no autorizados” de otras regiones de Centroamérica.

Ya señalamos que cada individuo “carga” con su comunidad como en una “estrategia de caracol”, incorporándola de forma simbólica, lo que permite enfrentar la omnipresencia de la globalización uniformadora y

explotadora. La fuerza de los vínculos con el lugar de origen se produce porque éstos son un recurso social fundamental, y la discriminación y negación a la ciudadanía oficial debieron suplirse históricamente con el refuerzo de la ciudadanía comunitaria y étnica. Por eso, la razón de su ser social se encuentra en el grupo y ello se refleja en la concepción de la familia y de las relaciones de género, de sus estrategias laborales y –sin duda– migratorias.

La “comunidad transnacional” se refiere a la nueva dimensión que toma la comunidad original territorializada que, con la dispersión de sus miembros, se hace multilocal a través de otros espacios nacionales e internacionales. Este multacentrismo de la comunidad, configurando y vinculando amplios territorios, es posible desde el núcleo articulador de “la comunidad”³.

Pero también voy a referirme aquí a la constitución de comunidades o colectivos en convivencia en estos otros territorios que muestran el esfuerzo por el funcionamiento e institucionalización de la reciprocidad social. Para el caso que estamos tratando, hay que ver hasta dónde se puede hablar de comunidades transnacionales en esta segunda acepción. Por un lado, es importante entenderlas desde la especificidad propia de lo que ha sido la construcción histórica de estas comunidades indígenas. Por otro lado, la mayoría de los inmigrantes se encuentran dispersos y no conviven entre paisanos por las condiciones de la ilegalidad y del trabajo golondrina que impiden la constitución de grupos con una proyección común. Así, es más preciso entender estas experiencias de comunalización como un proceso incipiente y precario. Además, hasta ahora, la tendencia sigue siendo de una migración laboral de retorno.

Para otros autores tampoco se puede dar por hecha la “transnacionalidad” cuando las comunidades indígenas no han sido parte de la nación o su proceso de nacionalización ha sido incompleto; en ambos casos han mantenido cierta autonomía del control del Estado, también porque hay nuevos asentamientos étnicos que se dan en espacios al interior del país y

3 Incluso en grupos indígenas históricamente forzados a la migración y la movilidad, se ha observado el funcionamiento del sentido de pertenencia colectivo ligado a una comunidad imaginaria, a través de la memoria y las narraciones más que al territorio (Velasco 2005; Hernández 2001).

no en el extranjero. Algunos prefieren hablar de “translocalidad”, de “transespacialidad”, de territorialización múltiple.

Sin embargo, hay importantes colectivos de larga data en los Estados Unidos y, como sostiene Laura Velasco (2005), la actual comunidad étnica dispersa y fragmentada ha generado nuevas instituciones sociales como las redes y organizaciones de inmigrantes, produciéndose una “readecuación de la comunidad a las nuevas circunstancias que le exige la globalización” (en Zárate 2005:78-79). Hay un gran abanico de asociaciones de inmigrantes mayas en Estados Unidos. En buena parte suelen estar vinculadas a la iglesia católica y su eje de acción es la revitalización cultural y el “panmayismo”. Hay una extensa red de La Pastoral Maya. Otras instancias están ligadas a iglesias evangélicas que manejan otras lógicas. También se han desarrollado luchas sindicales de parte de indígenas awakatekos y chalchitekos en Morgantown, y es significativa la instalación del Labor Center que vela por las condiciones de trabajo de los inmigrantes en Júpiter (Florida) gracias al trabajo de la organización Corn Maya de q’anjob’ales y pop’ti’s. Todas estas expresiones y muchas más, son otras experiencias, otras convivencias, otras aspiraciones, otras identidades (ver bibliografía más completa en Camus 2007).

Lo que estos sucesos expresan es que la experiencia migratoria hacia los Estados Unidos está rompiendo el naturalizado marco “nación-céntrico” (Besserer 1999, 2004). La ubicación simultánea de “la comunidad” en varios espacios nacionales y sociales nos obliga a repensar todas nuestras categorías previas que asociaban una cultura con un territorio y con una identidad. Esto lleva a que entre las formas novedosas de ser maya, indígena o q’anjob’al, está el que cualquiera de estas identidades ya no se va a remitir a un territorio; “ser maya” ya no implicará vivir en territorio maya (ya no “se es” de dónde “se vive”). Ahora hay indígenas en ciudad de Guatemala, pero también en Los Ángeles o Nebraska.

Por otro lado, la supervivencia cultural de los inmigrantes depende de que incorporen los sentidos propuestos por la sociedad en adopción: ya no sólo pueden limitarse a la lógica de la comunidad de origen. Estos son retos que deben enfrentar las comunidades originales, pero también quienes conforman el movimiento político maya guatemalteco. Los ideólogos del movimiento, en sus diferentes posiciones, no han elaborado propues-

tas específicas sobre la dispersión de sus hermanos multilocalizados y no logran ver el potencial de una ciudadanía étnica transnacional⁴. Es posible que la asunción de una identidad colectiva panmaya, que tanto han invocado pero que no se ha logrado constituir, venga a verse potenciada por este contexto de diáspora y “etnicidades reactivas”. Con todo, aún no se han planteado ¿qué pasa con los derechos de los Pueblos Indígenas al migrar?, ¿se disuelven ante la “desterritorialización”?, ¿se “desciudadanizan” étnicamente?

Habrá que trabajar con más cuidado el sentido del migrar de los grupos indígenas en este nuevo contexto, según quiénes sean y de acuerdo al lugar donde se asienten. Migrar es una elección sin opción, pero quizás reiteren la lógica de la migración inconclusa de traslado circulatorio amplio más o menos temporal, como han hecho anteriormente, una lógica de carácter pragmático de establecer bases de asentamiento para manejar más recursos. ¿Comunidades transnacionales? Pues seguramente sí, si ello es posible.

Remesas y desarrollo

Los inmigrantes guatemaltecos son valorados por las autoridades en términos económicos. Así, el envío de las remesas familiares, que siguen creciendo aunque se espera será a ritmo más lento, son el mayor rubro generador de divisas en Guatemala y se publicitan como la “salvación” del país, aunque las familias continúen en extrema precariedad⁵. Lo que no se cuestiona es que tantos sujetos expulsados son un síntoma más del fracaso de las estrategias de desarrollo, y poco se piensa en términos de compensar los esfuerzos de la población con políticas de Estado integrales. De forma paradójica –o cruel–, tampoco se comprende que las remesas se reciben

4 La ciudadanía étnica se refiere a considerar a los “pueblos” como sujetos de derecho, por ser diferentes al conjunto nacional en que están inscritos. Esto se enfrenta con la doctrina liberal porque cuestiona la dimensión individual de los derechos y porque, en contra de la visión universalista, introduce la diferencia como fuente de los mismos. El punto más conflictivo –simbólica y pragmáticamente– es la demanda siempre negada de autonomía territorial (Bastos 1997).

5 Para 2007 se consideran 4.297 millones de dólares, un 11% del Producto Interno Bruto.

como parte de un ciclo temporal y que apenas sirven para ayudar a las familias a superar y/o evitar la exclusión.

Jacobo Dardón (2006) muestra que “la transfusión del salario” de los inmigrantes, en Estados Unidos, sostiene y dinamiza la economía nacional por la vía del consumo de alimentos, la vivienda, la educación y la salud, que producen estabilidad macroeconómica y que con este esfuerzo titánico los inmigrantes y sus familias buscan autoincluirse en el “desarrollo”. Sin embargo, señala que el proceso se opera sin una base productiva territorial. Para Dardón este trabajo expatriado, dirigido a la subsistencia de hogares pobres que persisten al margen de una implicación estatal, resulta en nuevas formas de acumulación no productivas para las oligarquías nacionales.

Con todo, hay una preocupación sistemática sobre cómo resolver o paliar las causas de la migración y el efecto que los inmigrantes puedan tener en el poder y desarrollo local como nuevos líderes. Para Andrade-Eekhoff y Silva Ávalos (2004), los ciudadanos transnacionales pueden convertirse en socios para iniciativas de desarrollo en coordinación con el gobierno local, y se cuestionan hasta dónde pueden alterarse, con la experiencia transnacional, procesos de exclusión social local de género, generación y pertenencia étnica. En este sentido, entre las comunidades indígenas de Guatemala los datos que nos hablan de estos puntos son variados. En muchos sitios se observa la eficacia organizativa de grupos de inmigrantes para colaborar con el remozamiento de capillas católicas, de pequeños proyectos de agua, la construcción de centros comunales, colaborando con la Iglesia en la construcción y sostenimiento de hospitales, o articulándose ante la muerte de paisanos inmigrantes para la repatriación de sus cuerpos. En algunos casos se encuentra colaboración con organizaciones o comités locales; en otros se observan tensiones puesto que los proyectos de los jóvenes inmigrantes se establecen por encima de las formas “tradicionales” de decisión (González 2006). Hay que seguir observando estos hechos y ver si se sostienen en el tiempo, porque no hay reportes ni seguimiento desde las municipalidades a este tipo de iniciativas y obras que se hacen “por la libre” en las aldeas y comunidades.

La condición ciudadana

Otro punto que supone diferentes formas de vivir la experiencia migratoria tiene que ver con el estatus migratorio o “los papeles”. El “éxito” de la migración está muy relacionado con esta ventana liberadora que supone el libre tránsito en términos de contratación laboral, dignificación ciudadana, reubicación familiar, pero que sólo ha sido alcanzado por una minoría de inmigrantes. La mayoría no sólo no tiene papeles, sino que todos son obstáculos y costes sin ningún tipo de apoyo en términos de derechos elementales. En Guatemala los soportes de los inmigrantes continúan descansando exclusivamente en la familia y la comunidad.

La experiencia en Estados Unidos supone para muchos, especialmente para quienes disfrutaban de “papeles”, toda una transformación de su sentido de ciudadanía más allá de la comunidad. Aquí recojo dos testimonios de personas que han estado en los Estados Unidos. El primero es un hombre chuj de San Mateo Ixtatán, de treinta y cuatro años, analfabeto, nacido y crecido en un país en conflicto, y donde las oportunidades de trabajo a las que ha podido acceder han sido mal pagadas y realizadas en condiciones desventajosas y discriminatorias. Su vida en Florida, además de las mejoras económicas, le ha causado un gran impacto en la forma de entender su comunidad y su país porque en “los Estados hay ley para toda la gente, todos somos gente, todos somos personas, todos tenemos derecho” (Piedrasanta 2007: 104). Mientras, María, mam todosantera de 30 años residente en Oakland, California, con un hijo en silla de ruedas y a punto de conseguir la *green card*, cuenta por teléfono con esperanza: “ahora seremos gringos de ojos negros”.

El paisaje intervenido

Se puede identificar un nuevo paisaje de la ruralidad, en el sentido de una extraña y desordenada urbanización de lo que ha sido, hasta ahora, un paisaje majestuoso con mínima incidencia de desarrollo urbano. Son nuevas edificaciones a veces de varios niveles y nuevos servicios (los cibercafés, los hoteles, las oficinas de remesas, la expansión de los bancos en las

cabeceras municipales), donde crecen basureros sin control y hay niveles de tráfico desbordantes. Las municipalidades no cuentan con equipos técnicos que puedan dirigir y planificar el *boom* del crecimiento urbanístico en las cabeceras. Los pueblos se hacen urbes sin una conciencia de lo que supone esto en cuanto a políticas municipales.

En términos de patrimonio cultural, los pintorescos lugares que han sido motivo de turismo (sector que se está revalorizando como eje de “desarrollo” en el marco de la globalización) ahora ahuyentan a la gente por el “feísmo” que provocan a los ojos de los fuereños. Las nuevas construcciones con sus fuertes cambios y distorsiones, materializan el sueño americano por el que tanto se han esforzado, pero a veces parecen estar borrando la memoria histórica de los lugares, los espacios comunes que se compartían y que ofrecían un sentido de pertenencia a “la tradición”.

Transformaciones sociales

La dinámica social se está modificando a pasos agigantados. Así por ejemplo, con los ritmos de vida y los ciclos tradicionales, la edad matrimonial se ha hecho más tardía; muchos jóvenes varones emigran antes del matrimonio para poder capitalizar y constituirse como hogar independiente, lo cual hace que los hijos tarden más en llegar. Otra implicación de esta salida de jóvenes en sus mejores años, es que muchas actividades se están quedando sin cuadros: las marimbas, los bailes, los equipos deportivos, las iglesias; a lo que hay que añadir que muchos de ellos son reconocidos como los “capacitados” o los de mayor liderazgo. También los trabajos comunales ahora son realizados por personas o muy mayores o muy jóvenes, mientras que las mujeres tienen que vérselas solas para pagar las multas o cuotas por la ausencia de sus esposos e hijos.

A pesar del nivel tan masivo del hecho migratorio, éste sigue abordándose como algo personal y familiar; apenas hay un reconocimiento público (ni oficial, ni comunitario) al papel e impacto de los ausentes. Es un tema tan doloroso de tratar y comunicar que es medio tabú. En los pueblos, los cementerios han crecido de manera espectacular, pero los nichos no tienen cuerpos. Y buena parte de las enormes mansiones que se cons-

truyen están desocupadas. Así la presencia de los ausentes es simbólica, son fantasmas, y es triste para quienes se mantienen en la comunidad. Se hacen evidentes los signos o marcas del “éxito”: los carros, las casas, las ropas, los electrodomésticos, los collares de las mujeres, los celulares, pero el drama de los fracasos, de los muertos y desaparecidos, de los que dejaron de mandar noticias y remesas, de los que se encuentran alcoholizados o en las cárceles, “de eso no se habla”.

Carlos Ochoa (2001), antropólogo totonicapense, corrobora el miedo en la forma de enfrentar el futuro. Observa que no es posible reconstruir los sufrimientos de los que han pasado por la experiencia migratoria. Antes se hacía fiesta a los comerciantes que salían; ahora se mantienen los ritos en los cerros, pero “efectivamente, el secreto y el silencio aún rodea la partida de los que se van”. Se podría pensar que este acto es leído como un reto extremo a la idea comunitaria y a su proyecto, en el sentido de que este nuevo perfil migratorio es difícil de asumir: es el eslabón de los jóvenes sobre el que se constituye el futuro colectivo, y es difícil concebir este traspaso “cultural” fuera del “control” comunitario.

Poderes emergentes y ambiente violento

El reciente pasado de enfrentamientos en la región entre la guerrilla y el ejército, así como la posterior militarización de la zona y el “proceso de paz” —que fue largo y tenso e incluyó el retorno de los refugiados y la desmovilización de la guerrilla—, aún se siente. Son las heridas de la guerra. Pero además, la región es fuente de conflictos donde llegan a incluirse y confundirse las expresiones actuales. En el repliegue actual del Estado, éste ha dejado de tener el monopolio de la violencia y la fuerza. Pero cuando hay un vacío de espacios, éstos son ocupados por otras instancias y fuerzas, sean del signo que fueren. Por la misma lógica: así como se dan proyectos transnacionales “oficiales” o a través de los inmigrantes “no autorizados”, también se dan otras formas igualmente transnacionales que no siguen estas normas ni intereses. Al trasiego histórico del comercio “hormiga” y del contrabando, se añade el que Huehuetenango y otros departamentos vecinos se constituyan en una gran bodega funcional al

corredor de la cocaína y otras drogas, así como en plataforma para el tráfico de armas, carros, ganado o para la explotación del negocio de la migración hacia Estados Unidos. Estas actividades ayudan a explicar la visibilización de capitales a través de carros de lujo, ventas de armamento, grandes hoteles, que reflejan actores emergentes y poderes paralelos donde están incluidos los indígenas. Son los “coyotes”, los prestamistas, las mafias o el “crimen organizado”, que pueden considerarse como beneficiados de esta situación de retraimiento estatal neoliberal. Y junto a este contexto se manifiestan altos niveles de violencias diversas: asaltos, violaciones, suicidios, secuestros, asesinatos con saña, linchamientos, que enlazan lo cotidiano y lo estructural.

Nuevos o renovados actores

Aquí sólo voy a hacer referencia a tres grupos sociales:

- 1) Los coyotes, que normalmente son parte de complejas estructuras jerárquicas; tienen una doble versión: de “servicio local” y de negocios ligados a redes de contrabando y narcotráfico. Son un grupo cada vez más significativo que viene tomando posiciones respecto al poder local, puesto que la alcaldía es ávida en términos de negocios, de legitimidad y de cobertura. Sin embargo, es temprano para hablar de alianzas como grupo social específico en cuanto a intereses políticos.
- 2) La mujer se redimensiona en la coyuntura actual cuando se hace cargo de nuevas responsabilidades en la división del trabajo y cada vez se le exige más. “Las viudas blancas” o mujeres cuyos esposos están en los Estados Unidos, deben asumir actividades públicas a las que antes no tenían acceso o eran “prohibidas”, como los estudios o la participación en asambleas comunitarias. Además de su trabajo “de siempre”, ellas tienen ahora que hacer los papeleos, cobrar las remesas, contratar mozos para la parcela, levantar construcciones y pagar albañiles y materiales, tomar decisiones sobre inversiones y gastos. Pero, al mismo tiempo de realizar estos esfuerzos, se las va a penalizar por ello; van a

sufrir un férreo control comunitario con chismes y bulos que las afectará psicológicamente con actitudes de melancolía y pesar (Palma 1998). Y además son también objeto de violencia física desde el hogar y la comunidad: golpes, violaciones, asaltos y robos, por estas mismas actividades transgresoras.

Las nuevas experiencias de vida en los Estados Unidos, donde los hombres deben realizar trabajo doméstico o donde las leyes norteamericanas penalizan la violencia masculina intrafamiliar, podrían suponer cambios en las relaciones hombre-mujer que hasta ahora se han caracterizado por un fuerte patriarcado. Pero, como expresa una mujer mam, los esposos u hombres de la casa, cuando regresan “se les olvida. Aquí todo es servir y a veces por eso lo regaño, y le digo que si no puede calentar un poquito su café... dice: ‘como allá no hay mujer, aquí tengo mi mujer’”. Aún no está claro qué tanto estas transformaciones de las actividades de género van a suponer relaciones de poder más equitativas⁶.

A pesar de estas dificultades, la recomposición de la vida familiar y comunitaria (incluyendo el poder local), está en sus manos. Son los referentes físicos y simbólicos de la vida social y de la historia y, junto con los niños y los jóvenes, la razón de ser del esfuerzo de los inmigrantes.

- 3) El sector juvenil es culpabilizado de muchos de “los desórdenes” en las comunidades. Sus “novedades” rompen “la cultura de respeto” y “de trabajo” de las comunidades “tradicionales”. Las influencias culturales y económicas de la “chicanización” y “mexicanización” en el lenguaje, la estética, los mensajes, la música, son poderosas. Los y las jóvenes prefieren hablar castilla-mexicano, vestir otras modas, llevar maquillaje, y aceptan con más entusiasmo la inmersión en las nuevas tecnologías: los pueblos han pasado de la incomunicación al celular de un salto y son los jóvenes quienes más presionan por el acceso a estos medios de comunicación.

⁶ Hay una tendencia que sí puede suponer toda una revolución a nivel de relaciones de género y étnicas y que las posibilidades de las remesas han fomentado: el que las jóvenes indígenas accedan cada vez a niveles de estudios más altos y profesionales.

Algunos autores distinguen diferentes sectores juveniles, unos se refieren al “norteño transeúnte” por su desubicación sociocultural; y otro grupo cada vez más significativo son “los deportados” que se sienten frustrados y avergonzados de volver con “las manos vacías”, “sin nada que ofrecer”, humillados porque piensan que ante la sociedad “quedan como nada”. Cada vez pueden ser más, en el año 2007, hasta el mes de octubre ascendían a 19.000 y se esperaba que terminara el año con 25.000.

La supuesta proliferación de “maras” (o pandillas juveniles con fines delictivos) vienen a enriquecer o a distorsionar, según se vea, las formas “tradicionales” de socialidad de las comunidades de Huehuetenango. Los pobladores narran cómo se habrían conformado *gangs* o pandillas que se enfrentan por el territorio, que se juntan para beber, drogarse, hacer pintas y cometer delitos o hechos de agresión, que andan de vagos hasta muy tarde en la noche. Y se describe a los muchachos llevando el pelo largo, los pantalones caídos y aretes en las orejas. Hay municipios donde se afirma que llegaron cabecillas de la mara Salvatrucha o de la 18, para dar a la juventud instrucciones de comportamiento. Muchas de las “alteraciones del orden” no necesariamente están vinculadas a este perfil de jóvenes, pero por lo común a ellos se los ve como los protagonistas.

Los migrantes están provocando entonces nuevas fronteras étnicas y para muchos ello supone una rebaja de la adherencia de la comunidad a la identidad indígena-maya. A los migrantes, más si son jóvenes, se les va a referir como “ladinos” por la adopción de comportamientos asociados a los no indígenas; además por tratarse de habitantes urbanos, la población de las aldeas se siente discriminada por ellos. Estos “nuevos ladinos” son señalados por su individualismo, porque rechazan el trabajo en la tierra, porque sólo quieren vestir bien y no mancharse y porque son flojos: “se han acostumbrado al poco esfuerzo, a comer carne, a ser servidos, a la vida fácil, a la bebida”. Se olvida que cada vez son más los jóvenes y solteros quienes dejan la piel en el extranjero por mantener a la familia y a la comunidad⁷.

7 Hay dos discursos del poder que han calado profundo en la sociedad: el que expresa que las migraciones a los Estados Unidos provocan “la desintegración familiar” y el que dice que hacen “haraganes” a los jóvenes. Ambos culpabilizan a dos sectores significativos: las mujeres y los y las jóvenes, que ven cuestionados sus esfuerzos paralizando su acción social.

Al principio la reacción hacia los jóvenes supuestamente transgresores fue agresiva: se les castigaba públicamente, e incluso se presume que llegaron a darse casos de linchamientos. Ahora se han constituido Juntas Locales de Seguridad para enfrentar este tipo de violencias internas. Estas modalidades organizativas tienen sus orígenes en la guerra y en la posguerra, pero están tomando formas nuevas. Las calles de las comunidades son patrulladas por los hombres de cada cantón en las noches; se ha establecido toque de queda y es prohibido tomar licor y/o vender alcohol en ciertas horas. Los muchachos han tenido que integrarse a estas patrullas. Estas medidas muestran el temor de la comunidad hacia el cuestionamiento a su ideología y realidad por su mismo crecimiento físico y demográfico, la creciente polarización social y el carácter esquivo del Estado. La paradoja de la exclusión policial y de los jueces de paz de bastantes cabeceras municipales huehuetecas, y la reafirmación del alcalde, las alcaldías auxiliares y/o de instancias como las Juntas Locales de Seguridad, se pueden interpretar como un refortalecimiento de las autoridades locales (un readecuamiento de los ya híbridos sistemas entre los formales nacionales y los “tradicionales”) que permitirían enfrentar con más coherencia interna las relaciones de la comunidad hacia fuera, al menos en ciertas ocasiones.

Reflexiones finales

La propuesta del presente texto es que las transformaciones que se están dando en las comunidades mayas en la “globalización de la periferia” (Andrade-Eekhoff y Silva Ávalos 2004) requieren de un marco complejo, ya que las migraciones internacionales no lo explican todo. Voy a enfatizar la necesidad de regresar a la historia y a la larga secuencia de resistencias, luchas, adaptaciones, sincretismos que estas poblaciones han tenido que sortear ante las “penetraciones” de diferentes sistemas de poder y de normas de juego político. Y, acercándonos a tiempos más recientes, es fundamental reconstruir lo que fue el proceso de la guerra como una violenta barrera a lo que era la modernización e inserción creciente de las comunidades al Estado-nación guatemalteco. Parecería que la presión impuesta

por la hegemonía de un sistema sociopolítico e ideología de origen segregador colonial quiere continuar reproduciéndose hacia los indígenas.

Los escenarios de la posguerra hasta la actualidad se han hecho más complejos con las nuevas reglas de juego del neoliberalismo y la globalización. La comunidad en el sentido de ideal imposible sigue presente esforzándose por expresarse en medio de facciones, intereses múltiples –entre ellos “el mercado”–, contextos cambiantes, nuevas experiencias de vida, diferencias sociales y de aspiraciones futuras, buscando nuevas bases materiales de vida con la migración y la diversificación productiva. Por ello las acciones comunitarias son sorprendentes y no suponen cohesión ni coherencia en el espacio ni en el tiempo, manifestándose en formas nada puristas, más bien contradictorias y paradójicas, y no necesariamente solidarias ni “democráticas”.

Frente al “desorden” de la nueva ruralidad de las maras, de la violencia y los linchamientos, de los negocios paralegales de coyotes o narcos, de los abusos sobre las mujeres, encontramos en Huehuetenango expresiones político-sociales como el movimiento maya y las iniciativas del *pat-qum* o parlamento q’anjob’al, y otros movimientos sociales como los de rechazo a la minería, que articulan a grandes sectores de la población, las organizaciones de mujeres, las reactivadas cooperativas agrícolas y de crédito heredadas de la orden de los Maryknoll o las Alcaldías Auxiliares.

Y, por supuesto, la presencia/ausencia de quienes migran, una acción “por su cuenta y riesgo” que se establece desde finas, extensas y eficaces redes sociales y que, pese a su altísima proporción y efectos, tarda en ser reconocida y asumida desde las instituciones nacionales y las organizaciones de desarrollo o académicas, pero también desde las mismas comunidades. Los aportes de los indígenas a la sociedad en general pueden ser importantes. Desde hace mucho tiempo sus formas específicas de enfrentar la necesidad de migrar han mostrado la capacidad creativa de su sociabilidad, su adaptación a las reglas de juego que imponen los diferentes marcos nacionales, lo “funcional” de su idea de comunitarismo holista y el enfrentamiento colectivo a las situaciones de supervivencia frente a la exclusión. Esta transespacialización étnica puede tener implicaciones sobre la composición y formas de resistencia de las clases populares y sobre las formas políticas vigentes.

Bibliografía

- Andrade-Eekhoff, Catherine y Claudia Marina Silva-Ávalos (2004) “La globalización de la periferia: flujos transnacionales migratorios y tejido socio-productivo local en América Central”. *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, No. 1., Vol. I., Julio 2004, p. 57-86.
- Antochiw, Michel; Jacques Arnaud y Alain Breton (1994) “Un pueblo, tres países... un pasado y millares de historias”; en Alain Breton y Jacques Arnaud (coords.): *Los Mayas. La pasión por los antepasados, el deseo de perdurar*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Grijalbo.
- Bastos, Santiago (1997) “¿En busca de la ciudadanía étnica? Reflexiones en torno al movimiento maya y el Acuerdo de Identidad y Derechos Indígenas”. Ponencia en el *II Congreso de Estudios Mayas*, Guatemala, 6 al 8 de agosto de 1997, Universidad Rafael Landívar.
- Bastos, Santiago (2000) *Cultura, pobreza y diferencia étnica en ciudad de Guatemala*. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales. México, CIESAS Occidente - Universidad de Guadalajara.
- Besserer, Federico (1999) “Estudios transnacionales y ciudadanía transnacional”. *Fronteras Fragmentadas*. México, El Colegio de Michoacán y Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán CIDEM, p. 215-238.
- Besserer, Federico (2004) *Topografías transnacionales. Hacia una geografía de la vida transnacional*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Plaza y Valdés editores.
- Camus, Manuela (ed.) (2007) *Comunidades en movimiento. La migración internacional en el norte de Huehuetenango*. Guatemala: Instituto Centroamericano de Desarrollo y Estudios Sociales INCEDES – Centro Estudios y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala CEDFOG. Disponible en www.incedes.org.gt.
- Castillo, Iván (2007) “Acumulación global, territorialidad y etnicidad en las tierras altas mayas de Guatemala”. Ponencia para la *II Jornada de Estudios y Experiencias sobre Territorio, Poder y Política: Elecciones y Consultas Comunitarias: participación política y electoral en Huehuetenango*, 10 a 12 de octubre 2007. Huehuetenango, Centro Estudios

- y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala CED-FOG.
- Dardón Sosa, Juan Jacobo (2006) “Migración internacional, pobreza y regiones excluidas: aproximación desde el proceso de paz en Guatemala en el decenio de la erradicación de la pobreza, 1997-2007”. *Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de San Carlos*, No. 171.
- González, Juan Diego (2006) *Remesas familiares y relaciones de poder en San Antonio Sija, San Francisco el Alto, Totonicapán*. Tesis de licenciatura en Antropología, Universidad de San Carlos Guatemala, Guatemala.
- Hernández Castillo; Aída Rosalva (2001) *La otra frontera. Identidades múltiples en el Chiapas poscolonial*. México, Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social CIESAS – Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Loucky, James y Marilyn Moors (eds.) (2000) *The Maya Diaspora: Guatemalan Roots, New American Lives*. Philadelphia, Temple University Press.
- Lutz, Christopher y Georges Lovell (2000) “Survivors on the Move: Maya Migration in Time and Space”; en James Loucky y Marilyn Moors (eds.): *The Maya Diaspora: Guatemalan Roots, New American Lives*. Philadelphia, Temple University Press.
- Ochoa García, Carlos (2001) “Migraciones de un pueblo k’iche’ hacia Houston”. *Les Cahiers Amérique Latine Histoire et Mémoire. Migration: Guatemala, Mexique*, No. 2-2001. <http://alhim.revues.org/document588.html>.
- Palma, Silvia Irene (1998) “Cuando las ilusiones se dirigen al norte: un estudio de caso en una comunidad del altiplano occidental de Guatemala”. Ponencia para *Latin American Studies Association, XXI International Congress*, Chicago, sept.
- Piedrasanta, Ruth 2007 “Apuntes sobre transmigración y remesas entre los chuj de Huehutenango”, en Manuela Camus (ed.): *Comunidades en movimiento. La migración internacional en el norte de Huehuetenango* Guatemala: Instituto Centroamericano de Desarrollo y Estudios Sociales INCEDES – Centro Estudios y Documentación de la Fron-

- tera Occidental de Guatemala CEDFOG. Disponible en www.incedes.org.gt.
- Piel, Jean (1997) “Quichelania: ocho siglos de historia de una frontera interna que nunca fue definitivamente integrada a Guatemala”; en Phillipe Bovin (coord.): *Las fronteras del Istmo. Fronteras y sociedades entre el sur de México y América Central*. México, CIESAS – CEMCA, p. 135-154.
- PNUD (Guatemala) (2005) *Diversidad étnico-cultural: La ciudadanía en un Estado plural*. Informe Nacional de Desarrollo Humano, Guatemala.
- PNUD (Guatemala) (2007) *Huehuetenango: Informe departamental de desarrollo humano*. Guatemala.
- Solano, Luis (2007) La Franja Transversal del Norte: neocolonización en marcha. *El Observador*, Año 2, No. 7, Julio 2007, p. 3-27.
- Velasco Ortiz, Laura (2005) *Desde que tengo memoria. Narrativas de identidad en indígenas migrantes*. México, El Colegio de la Frontera Norte – Consejo Nacional para la Cultura y las Artes CONACULTA.
- Villafuerte Solís, Daniel (2004) *La frontera sur de México. Del TLC México-Centroamérica al Plan Puebla-Panamá*. México, COC y TECH, IIES-UNAM, Plaza y Valdés.
- Watanabe, John (2006) “Los que estamos aquí”. *Comunidad e identidad entre los mayas de Santiago Chimaltenango, Huehuetenango, 1937-1990*. Guatemala, Plumsock Mesoamerican Studies – CIRMA.
- Zárate Hernández, José Eduardo (2005) “La comunidad imposible. Alcances y paradojas del moderno comunalismo”; en Miguel Lisbona (coord.): *La comunidad a debate. Reflexiones sobre el concepto de comunidad en el México contemporáneo*. México, El Colegio de Michoacán y la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

